



Columna

Marlene Bohle, escritora  
puertomontina

## Nada permanece para siempre

¿Quién sembrará por nosotros? ¿Quién desenvainará la semilla y la pondrá a habitar la panza de la tierra? ¿Quién protegerá las hebras del zapallo de las heladas de julio? ¿Habrá alguien que lleve cuenta de las semanas que demora un huevo en abrirse de cara al mundo? ¿A quién preguntar cuándo sembrar las arvejas, cuándo trasplantar las coles y betarragas? Muchas preguntas para un tema fundamental, aunque no sean muchos los que tengan conciencia de ello.

Según el Banco Mundial, la población rural alcanza al 43% y son ellos los que aún alimentan al mundo, proveyéndolo de un 80% de la comida. La comunidad campesina está conformada por millones de seres humanos, los que poseen sus propias culturas y organización económica y social. Ninguna es igual a otra, desde el análisis antropológico.

La mayoría del campesinado y pequeños agricultores en el mundo posee espacios de tierra desde donde operan con elementos tecnológicos básicos o rudimentarios. Su afán primario es la satisfacción alimentaria de su familia, sirviéndose de lo sobrante para comercializar y adquirir las demás carencias. Debido a ello permanecen expuestos a las coyunturas políticas, sociales y mercantiles, debido a que nadie habita el universo en soledad y todos dependemos de todos.

Hay características que definen a este tipo de ciudadano: habita espacios rurales, posee un potente arraigo con sus raíces y cultura, sus actividades económicas se enfocan en la agricultura y la ganadería, normalmente poseen poca educación formal, sien-

do su capacidad y experiencia para cultivar la tierra y criar ganado su mayor capital.

Según se está dando esta realidad en nuestro espacio local, me atrevo a señalar que estamos asistiendo al desplazamiento final de este tipo de vida. La mayoría de los terrenos han sido parcelados y vendidos a ciudadanos que buscan vivir una existencia más tranquila, viajando mañana y tarde hacia y desde la ciudad.

Pero este es un proceso que comenzó hace décadas; tal vez cuando salimos del campo para estudiar, conscientes de amar entrañablemente lo nuestro, pero sabedores que la vida rural tenía poco que ofrecer si nuestra mirada buscaba trasponer el horizonte. Los padres envejecieron y un día ya no pudieron regar cinilas ni lechugas, no pudieron con la huerta ni con los corderos. Fueron cayendo uno a uno los cercos, los árboles frutales comenzaron a escatimar sus frutos y un día no hubo quién coseche las manzanas. Los viejos dejaron de atender los cambios de luna desde el calendario, cerraron la bodega y comenzaron a atisbar el mundo desde las ventanas. Los hijos armaron sus vidas desde la concepción de lo "seguro", es decir, de tener la certeza de un sueldo a fin o a principios de mes.

Por lo menos, en gran parte de las casas de la ruralidad alguien se ha ocupado de hacer un invernadero. Desde su techo de nylon el sol baja a raudales para besuquear los tomates y las coliflores. La elegante albahaca, el perejil y el europeo ciboulette se las ingenian para desperdigar sus únicos olores sobre el patio del mundo circundante.